

# MARX: DE ESPECTROS Y DIFERENCIAS

---

**Conferencista:** Andrea Lozano  
**Moderador:** Carlos Jaime Fajardo  
**Relatora:** Laura Gallo Tapias

x

El Manifiesto del partido comunista, publicado por primera en 1888 por Marx y Engels, es recordado por su célebre comienzo: “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”. ¿Qué significa esta afirmación? ¿Significa, acaso, que para sus autores el comunismo era ya una realidad, un sistema socioeconómico consumado? Todo lo contrario: la manera en la que ellos inician su Manifiesto es planteando la siguiente reflexión: todo el mundo llama comunista, de manera despectiva, a las posturas políticas que se oponen a su propia visión; el comunismo es todo aquello que no corresponde a mi ideología, todo aquello que no logro aprehender. Y ante esta mala comprensión de sus conceptos y postulados, Marx y Engels subrayan la necesidad de desmenuzarlo, explicarlo.

Es justamente con la misma intención que el profesor uniandino Juan Ricardo Aparicio, doctor y magíster en filosofía de la antropología, presentó en Lecturas Compartidas una exposición que tituló “150 años del Capital de Marx: de espectros y diferencias”. Él afirmaba que “hay muchos Marx que nos acechan”: que sus ideas



habían sido utilizadas incontables veces para justificar y legitimar políticas totalitarias o para ridiculizar posturas de izquierda por esa visión cliché del marxismo de la visión bohemia, de la mochila, de los barbudos, y del Marx de las guerrillas.

Aparicio planteó que su intención era hablar del Marx que ha marcado hitos para las ciencias sociales, (no sólo para la economía, sino para muchas otras disciplinas como la antropología, sociología, historia, psicología, etc.): en este sentido, proponía alejarse de la versión totalitaria, verticalista de sus ideas, para entrar en debate y analizar con minucia algunos de sus aportes. Así pues, inició preguntando: ¿quién ha leído el libro completo?

Por supuesto, muy pocas personas entre el público levantaron la mano, y quienes lo hicieron no lo hicieron con mucha convicción. Para este académico, esto sin duda funcionaba como ejemplo de la mala lectura que se le ha dado históricamente y que se le sigue dando a los textos de Marx y de sus seguidores, pues “para leerlo en su riqueza conceptual y metodológica resulta necesario situarlo en contexto, ponerlo en relación con los grandes problemas de su época, en sintonía con sus situaciones”.

De esta suerte, Aparicio propuso hacer énfasis en lo que él llamó cuatro momentos o “guiños” fundamentales para leer *El Capital* en toda su profundidad y complejidad. En primer lugar, consideraba necesario entender el momento histórico en el que se escribió y se puso a circular la obra. En vista de que “las interpretaciones pierden mucho cuando se sacan de contexto”, recalca la importancia de las particularidades históricas tanto de su producción como de sus múltiples lecturas e interpretaciones a través de los años. En segundo lugar, mencionaba que el lector no debe olvidar que *Das Kapital* es un texto tardío de Marx: para el momento de su aparición, él había trabajado muchos años como periodista y había madurado su pensamiento al punto de que era perseguido por sus posturas políticas. Esto, por supuesto, implica conocer no solamente el contexto histórico, sino además situar la obra con relación a otras de sus contemporáneos y del mismo autor. Tercero, para Aparicio era fundamental pensar no sólo en las formulaciones políticas más conocidas, sino entender la estructura lógica del *Capital*, sus capítulos, su contenido, como un todo. Finalmente, mencionó la importancia de establecer relaciones entre el contenido del libro y el momento de su lectura: así, se ocupó de *El Capital* desde su lectura en el siglo XXI, pensando en sus legados diversos y en la importancia para la teoría y para la actualidad; esto, para él, debía hacerse siempre sin descuidar que una lectura atenta y en retrospectiva, que señale también las contradicciones y limitaciones del texto.

Aparicio hizo una contextualización histórica de los siglos XVIII y XIX. Tomando como referencia algunos de los planteamientos que hace Eric Hobsbaum en *El origen de la revolución industrial*, buscó abordar este fenómeno histórico no solamente



desde una perspectiva económica sino social y política, como un momento de grandes transformaciones marcadas por las particularidades culturales y geográficas de un gran número de países. Afirmaba que las revoluciones norteamericana, francesa e inglesa “cambiaron la experiencia de lo que significa ser moderno”: factores como el nacimiento del Estado Moderno, es decir, de la República que desplaza unas sociedades feudales y aristocráticas, la separación de los poderes y la secularización de los valores morales son aspectos críticos de estas transformaciones. En el siglo XIX, además, el positivismo con su enorme fe en la ciencia y la tecnología, la migración del campo a las ciudades y las promesas incumplidas de la revolución burguesa son algunos de los temas que para él determinan el pensamiento de Marx. Decía que “la decadencia de los proyectos de las revoluciones decepciona a Marx, genera una contradicción entre las promesas de la modernidad y la realidad vivida por enormes sectores poblacionales: si supuestamente la modernidad acaba con la esclavitud, con el feudalismo, con el autoritarismo, ¿por qué llegó a lo que llegó?”.

De esta manera, sostenía el académico que, en el siglo XIX, quizás solo Inglaterra era un país realmente capitalista. Esto para él recalca la importancia de reconocer la especificidad del capitalismo que Marx analiza, que no se corresponde ni con lo que hoy en día entendemos por capitalismo ni con lo que ocurría en otros lugares de Europa en ese mismo momento. Un asunto fundamental para comprender el pensamiento marxista está en tomar como punto de partida la constatación de la desigualdad en la distribución de la riqueza y la paradoja que de esto se deriva: si la ilustración afirmaba que los hombres eran libres e iguales, ¿cómo es posible que exista la explotación creada en nombre de la libertad? Para él, lo que el capitalismo logró fue acabar con las estructuras coloniales, pero solamente para que esos cuerpos que ahora eran “libres” participaran en la economía. Decía, pues, que la libertad no es un concepto estático y absoluto, sino que “hay que cualificarla: el trabajador en el que Marx estaba pensando sólo tenía su cuerpo, no podía, en realidad, tener capital propio. Entre más ricos se hacen los burgueses, más pobres se hacen los trabajadores. Hay una tendencia innegable a la concentración y centralización del capital que no beneficia a todos los sectores sociales”. Así, incluso sin el título de esclavo, las condiciones sociales para el trabajador eran tan desiguales que, aun poniéndose al servicio del sistema, alcanzaba apenas a sobrevivir.

El tema central de la conferencia fue, quizás, el señalamiento de Marx a la paradoja del capitalismo: en el contexto de su escritura, *Das Kapital* denuncia las promesas rotas de la revolución burguesa y su lado no tan triunfante, las condiciones de explotación en las que efectivamente vivían algunos sectores de la sociedad. En este sentido, se oponía a los presupuestos de los teóricos económicos clásicos, como Ricardo, Smith y Prudhomme, quienes sostenían que, supuestamente, la competencia



por sí sola ayudaría a nivelar la sociedad. Este intelectual llamaba la atención, justamente, en la distancia entre la teoría y la realidad social de la economía: el capital necesita asegurar una mano de obra, generar las condiciones para que los hombres tengan de hacer parte del sistema. En este sentido, para Marx el capitalismo no es solamente económico sino cultural.

Entendido así, más que detenerse a analizar y tratar de encontrar explicaciones en contextos específicos, como proponían algunos interventores en la conferencia, Aparicio rescataba la importancia de abstraer y relativizar las propuestas de Marx para entender su valor: en lugar de preguntarse por las razones para que el comunismo de Cuba o la Unión Soviética no triunfara, los postulados de Marx sirven sobre todo para recalcar que la paradoja capitalista sigue vigente y que, en palabras del expositor, “el sueño de la modernidad puede precarizarse”. Así, concluyó la presentación sosteniendo que “el Marx que más requerimos es un Marx en contra del Marx de los marxistas absolutos”: no uno que se opone ciegamente al capitalismo, sino uno que busca entender los contextos sociales más allá de los postulados económicos y ponerlos a dialogar con la historia.

